



ARQUIDIÓCESIS DE BOGOTÁ

VICARÍA DE EVANGELIZACIÓN

ORIENTACIONES SOBRE LA EVANGELIZACIÓN EN LOS TIEMPOS ACTUALES EL NUEVO RITMO EN LA PANDEMIA Y LA POST PANDEMIA

El inicio de la tercera etapa de nuestro Plan de Evangelización ha estado marcado por dos importantes hechos sobrevinientes. Por una parte, las protestas sociales del 2019 y, luego, la pandemia. El clima de inconformismo social y la pandemia son fenómenos que evolucionan de la mano y cuyo curso y consecuencias a corto, mediano y largo plazo nadie puede todavía prever con claridad. Lo único seguro es que nos acompañaran por largo tiempo y dejaran una huella duradera en la vida de las personas y de la sociedad.

Monseñor Luis José desde el comienzo de su ministerio nos ha insistido en que el ritmo de la evangelización y de la vida de la Iglesia en Bogotá nos lo pone Dios. A través de todas las vicisitudes de la historia, Dios se manifiesta y va conduciendo providencialmente la marcha de la humanidad en su conjunto y de la Iglesia.

En un primer momento quedamos perplejos y abrigamos la expectativa de una pronta finalización de la crisis. Pero en la medida en que ésta se ha prolongado y la hemos vivido, reflexionado y decantado, nos sentimos llamados a repensar creativamente nuestra tarea evangelizadora y a continuar empeñados, en medio de las nuevas condiciones, con sus límites y oportunidades, en la misión que el Señor nos ha confiado.

Este documento, destinado a todos los animadores de la evangelización en la Arquidiócesis, pretende alentarlos en medio de las circunstancias actuales, ofrecer un conjunto de orientaciones, de criterios y de líneas de acción que nos permitan discernir el ritmo que Dios nos está marcando, para proseguir caminando unidos, por la ruta que Él nos ha venido descubriendo.

Estas orientaciones tienen tres partes: en la primera, se evoca rápidamente la crisis que estamos viviendo y sus consecuencias; en la segunda, se plantea el desafío de la evangelización en este momento de la historia y se focaliza la atención en los rasgos y actitudes que deben cultivar los evangelizadores en el contexto actual; en la tercera, se plantean algunos criterios y líneas de acción, organizados según los tres ejes fundamentales de la evangelización, contemplados en el núcleo de nuestro paradigma misionero.

LA PANDEMIA Y SUS REPERCUSIONES SOCIALES, HUMANAS Y ESPIRITUALES

Al cabo de estos meses de pandemia y de sucesivas cuarentenas, los hermanos, con quienes compartimos la vida en esta ciudad región de Bogotá, han sido seriamente afectados por la pandemia. Miles y miles de habitantes de nuestra ciudad se han contagiado con el Covid-19, con las correspondientes implicaciones para su vida familiar y laboral. Esto ha exigido, en algunos casos, suspender el estudio, el trabajo y ser sometidos a múltiples exámenes y a estrictos aislamientos, junto con su entorno familiar, social o laboral.

En los hechos de mayor complejidad la situación ha obligado acudir a las urgencias médicas y a la atención en unidad de cuidados intensivos (UCI). Esto ha conllevado la imposibilidad para los pacientes de un contacto directo con sus familias.

Lamentablemente muchas personas han también fallecido y sus familiares y amigos no han podido despedirlos convenientemente y, por lo tanto, han vivido con gran dificultad y sufrimiento los procesos de duelo.

De otra parte, las medidas para la contención y mitigación del coronavirus han terminado frecuentemente por hacer inviable el funcionamiento de empresas y negocios, con la consecuente detención de la actividad productiva y la pérdida de muchos empleos. Cuando el trabajo se ha mantenido, el aislamiento preventivo y el teletrabajo han tenido un impacto sobre la salud física y afectiva de muchas personas que ha visto reducidas sus posibilidades de interacción social y laboral.

Los municipios del sector rural de la Arquidiócesis también se han visto afectados desde el punto de vista sanitario y de la comercialización de sus productos.

A lo anterior se añade el cambio que en materia educativa han experimentado niños y jóvenes, quienes han tenido que transitar de la presencialidad a la virtualidad y permanecer en sus casas, incluso cuando las fallas en la conectividad no les permiten seguir correctamente los itinerarios académicos.

La crisis ha traído también como consecuencia que muchas familias y personas replanteen sus agendas y aplacen planes en el ámbito escolar, eclesial y cultural. Especial preocupación revisten la deserción escolar, así como la reducción de la inscripción y matrícula de nuevos estudiantes en centros de educación superior y universidades.

Este conjunto de situaciones tiene implicaciones de orden psicológico y espiritual. Hay personas que comienzan a sentirse tristes o incluso deprimidas con mayor o menor severidad. El número de los suicidios ha aumentado. Así mismo, la convivencia más permanente en las casas ha generado

en algunos casos tensiones y conflictos, cuando no maltratos, frecuentemente dirigidos hacia las mujeres, los menores y los adultos mayores o en condiciones de vulnerabilidad.

La crisis de la pandemia ha puesto en evidencia las fragilidades del sistema económico y social imperante, así como una serie de virus que están afectando a la humanidad: la indiferencia, el egoísmo, el descuido y la destrucción de la casa común, etc. Es previsible que una vez se concluyan los diversos ciclos de aislamiento, la protesta social se reactive e incluso se agudice, atizada por el empobrecimiento de grandes sectores de la población y por la agitación de banderas populistas de diversos colores y tendencias.

Al mismo tiempo, hay también signos esperanzadores, brotes de resurrección: Ante la precariedad económica y la experiencia de la propia contingencia, muchas personas comienzan a plantearse la cuestión del sentido de la vida y a asumir una actitud más crítica frente a los propios valores y frente al modelo consumista y depredador de la casa común. Algunos jóvenes se sienten desafiados a soñar con un futuro mejor y no simplemente con el retorno al pasado. No quieren simplemente encontrar una nueva “normalidad”, sino construir un mundo nuevo y mejor, porque se atreven a soñar que es posible. Crece en algunas personas la conciencia de que la crisis que atravesamos sólo podrá ser adecuadamente superada si estamos unidos.



No pocos han redescubierto el valor de los lazos familiares y se han esforzado por vivirlos de manera más amorosa y servicial. Algunas familias han fortalecido su vida de oración y para algunas personas la crisis ha sido ocasión de acercarse a Dios. Sin embargo, no podemos decir que hayamos asistido a una vuelta generalizada a Dios.

El testimonio de entrega del personal médico y de salud, así como de diversos profesionales y de muchas personas desde diferentes oficios y condiciones de vida, se constituye en un estímulo para vivir la solidaridad y la generosidad. Los gestos de acompañamiento y asistencia caritativa no han faltado y generan optimismo y alegría respecto de la capacidad de amar que anida en el corazón humano.

El confinamiento ha sido una ocasión única para valorar el desarrollo de las tecnologías de la información y para aprender a servirse de ellas en diferentes campos de la actividad humana.

La crisis de la pandemia ha afectado también la vida de las parroquias que han perdido por largos meses la posibilidad de reunirse en la Asamblea Eucarística, verdadera fuente, centro y culmen de toda la vida de la Iglesia. Los diferentes procesos de formación en las comunidades parroquiales se han debido adaptar a las circunstancias con las inevitables limitaciones. Los presbíteros han vivido la dura experiencia de no tener el contacto directo, vivo y personal con sus comunidades. La economía eclesial se ha visto afectada de manera muy considerable.

La apertura progresiva de diversos sectores productivos y de la vida social implica una responsabilidad mayor de las personas, las familias, las empresas y demás actores de la vida productiva y social en el autocuidado y la observancia de las medidas de bioseguridad, pues la pandemia no ha cesado todavía. El riesgo de rebotes de mayor o menor intensidad es real. La Iglesia como actor social ha de ser ejemplar en el cuidado de la vida y de la salud.

Todo lo anterior, en el marco del *Nuevo Ritmo*, es una invitación a acompañar los pasos de la ciudadanía que se esfuerza por reaccionar ante los retos y las necesidades que la pandemia impone y que la post pandemia implicará, para caminar de forma acompasada con los interlocutores de la acción evangelizadora y, por ende, para pensar las acciones evangelizadoras en sintonía con las urgencias del pueblo, que está sufriendo, como la víctima del camino que, en la Parábola del Buen Samaritano, cayó herido cuando iba de Jerusalén a Jericó. Así mismo, la situación nos invita a un discernimiento constante, a aguzar la creatividad evangelizadora, a fortalecer el celo por el anuncio del Evangelio, a servir generosamente a los más necesitados y a luchar por la justicia y por la construcción de una nueva sociedad.

EL DESAFÍO DE SER EVANGELIZADORES EN TIEMPOS DE PANDEMIA Y POST PANDEMIA

De la reacción a la adaptación y a la resiliencia

La respuesta de los seres humanos ante situaciones o acontecimientos imprevistos, que cambian las condiciones de vida radicalmente, se puede desglosar en tres momentos: la reacción primera ante lo sucedido, la adaptación a las circunstancias nuevas y, por último, la resiliencia, que es un proceso de transformación y aprendizaje vital, gracias al fortalecimiento de vínculos sanadores y a la apropiación de nuevos valores, fruto de lo vivido.

Sin duda, la llegada de la pandemia producida por el coronavirus Covid-19 y sus consecuentes y sucesivos aislamientos, ha generado distintas respuestas en las personas, las familias, los grupos humanos, y por supuesto en los ministros ordenados y en todos los demás evangelizadores.

Todos en la Iglesia, en las familias y comunidades parroquiales, en los diversos espacios y organismos eclesiales, hemos pasado por una fase reactiva ante la llegada imprevista del virus y del confinamiento. Reactividad que en algunos casos ha generado perplejidad, parálisis, negación de la gravedad de los hechos, o en otros, la simple aceptación pasiva de lo que empezó a pasar cuando “la vida tal como la conocíamos” se detuvo.

Muchos ya han pasado a la siguiente fase, adaptándose a las circunstancias en medio de las limitaciones e incertidumbres y generan respuestas que, aún en medio de muchas preguntas y cuestionamientos, y de carencias a nivel de la comprensión del fenómeno, significan un avance respecto de una actitud puramente reactiva.

Y, por supuesto, las preguntas que surgen por el futuro comienzan a abrir el horizonte hacia lo que soñamos y que puede ser una fase de resiliencia en la vida eclesial, de resurrección, como la ha llamado el papa Francisco, mediante nuestra propia transformación personal y comunitaria, gracias a los nuevos vínculos vitales que podemos establecer entre nosotros y con otros, y en virtud, también, de los nuevos aprendizajes y de la recomposición de los valores que profesamos.

No es posible aún llegar a esta fase, pues sin duda la incertidumbre sobre la evolución de los hechos, los temores por nuevos picos de contagio y nuevas cuarentenas fuertes, así como por los impactos sociales y económicos son grandes; pero podemos encaminarnos hacia este tercer momento, desde la fase adaptativa en la que estamos.

Como presbíteros, diáconos, consagrados y animadores laicos de la evangelización, sin duda, podemos vernos reflejados en esas fases. Recordemos lo que nos pasó durante los primeros meses de la cuarentena y las respuestas reactivas que tuvimos; pensemos en la manera como nos hemos venido adaptando a las circunstancias con creatividad, con una actitud proactiva, movidos por la necesidad, aunque aún no veamos claras todas las cosas y sean muchas las preguntas todavía sin respuesta. No obstante, el riesgo de adoptar actitudes reactivas sigue presente. Y debemos mantenernos vigilantes para no ceder a la negación, a la tristeza, al miedo, al pesimismo o a la añoranza de un simple regreso al pasado, a lo que conocíamos y hasta cierto punto manejábamos.

Las preguntas por el futuro de la tarea evangelizadora suenan y resuenan: Ante el hecho del distanciamiento social, las medidas de bioseguridad, la cuarentena y las restricciones de movilidad, que se prolongarán en el tiempo por varios meses, por el pico y segundo pico que se sabe que llegará, ¿cómo generar en este tiempo experiencias de encuentro con Cristo, para animar y alimentar su seguimiento? ¿cómo seguir aprovechando en la post pandemia las tecnologías de la información para anunciar a Jesucristo? ¿Cómo seguir alimentando los lazos de vida comunitaria que nos edifican como Iglesia? ¿Cómo impedir que se diluya el sentido de pertenencia a la comunidad parroquial, al grupo, al movimiento? ¿Cómo generar espacios de encuentro que nos sostengan en la esperanza? ¿Cómo participar en la generación de respuestas de solidaridad y de

economía solidaria y popular, que ayuden en la resiliencia social de tantos que sufren el impacto económico y laboral de la pandemia y pasan necesidad?

Asumir estos interrogantes, en toda su profundidad, sin duda nos ayudará vivir esta fase adaptativa, con la mirada puesta en la superación, así como en la integración de lo bueno que estamos aprendiendo.

De la auto referencialidad al ritmo de Dios y de la gente en la ciudad región

No podemos caer en la tentación de preocuparnos únicamente por nuestra “sobrevivencia” eclesial o de extrañar los medios de los que disponíamos o los ritmos que perdimos. Hay que mantener la mirada fija en Jesús y en el fin de la tarea evangelizadora, para repensar creativamente el universo de nuestras herramientas y para abrirnos al *Nuevo Ritmo* que Dios nos marca.

Ante la pregunta sobre lo que vamos a hacer, no puede haber otra respuesta que evangelizar. Esa es nuestra razón de ser y nuestra tarea, la fuente de nuestra alegría. Sin embargo, se trata de evangelizar, asumiendo las condiciones presentes, para proponer el Evangelio a esta ciudad que tanto lo necesita y para acompañar a los creyentes por el camino incierto que estamos transitando.



Sin duda, estamos ante la oportunidad de hacer de nuestra Arquidiócesis y de todas sus comunidades parroquiales y demás espacios eclesiales, una Iglesia en salida, en camino hacia la gente, en vez de una Iglesia estática que se contenta con aguardar a que las personas vengan; una Iglesia que promueva la generación de vínculos cercanos por una buena comunicación e interacción, desde el ecosistema digital; una Iglesia que propicie y acompañe un compromiso social más integral; una Iglesia comprometida con el fortalecimiento del tejido social y del sentido de la fraternidad ante la polarización y el peligro de los odios y de la exacerbación de los conflictos.

Pero para hacer posible todo esto, estamos llamados a renovar una convicción fundamental: que Jesucristo Resucitado está presente en medio de nosotros y es fuente de salvación ante los interrogantes y situaciones que todos estamos viviendo. Él es fortaleza en medio de la fragilidad que experimentamos; es luz ante las dudas e incertidumbres que nos asechan; es amor que nos saca del aislamiento, la auto referencialidad y la indiferencia ante los que sufren; es fuente de libertad y de sentido de vida, en medio de la oscuridad y la pérdida de los horizontes. Jesús es médico y

medicina para los enfermos y quienes sufren en el alma. Jesús es esperanza para los decaídos y para quienes están sintiendo más fuertemente los impactos de la crisis social y económica.

Él vive entre nosotros, generando fraternidad, solidaridad, ayuda mutua, esperanza ante la crisis. Como el Padre Celestial, Jesús también está trabajando para hacer de esta situación una experiencia pascual, un paso de la muerte a la resurrección y a la vida.

Por eso no dejamos de trabajar, de anunciar su presencia a todos, de hacernos todo con todos, para ganarlos para Cristo. Por eso salimos en busca de los cercanos y de los alejados, de los creyentes y no creyentes, para proponerles a Cristo Resucitado, escándalo para unos, locura para otros, pero fuerza y sabiduría de Dios.

Nuestra convicción a propósito de Cristo como luz y fuente de sentido de todo lo humano, implica reconocer y acoger los ritmos de la gente, sus gozos y sus esperanzas, sus tristezas y sus angustias, sus proyectos y sus ilusiones, sus necesidades y fragilidades, para hacer presente la solicitud misericordiosa de Jesús por todos, especialmente por los más débiles y vulnerables, para proponerles al Señor como camino, verdad y vida.

Necesariamente la evangelización en estos tiempos de pandemia implica un ejercicio continuo de escucha y discernimiento, así como de creatividad y audacia. Se trata, en términos de los dinamismos de nuestro nuevo paradigma de evangelización, de salir para hacernos compañeros de camino y fermentar con la fuerza y la sabiduría del Reino. Salir para escuchar lo que los otros están viviendo, lo que están sufriendo, lo que están pensando frente a lo vivido y frente a los dramas desatados y los conflictos generados. Saber leer, entonces, y ayudar a leer los signos de la presencia del Reino en medio de esa tormenta. “¿De qué van conversando por el camino? ¿Qué ha pasado?” (Lc 24, 27. 19b), es la pregunta oportuna de Jesús a los discípulos de Emaús. Más que llegar con respuestas prefabricadas, hemos de estar dispuestos a escuchar.

De la pasividad y el activismo al cuidado de los evangelizadores y su espiritualidad

La evangelización es el servicio al Reino que la Iglesia presta en un contexto sociocultural e histórico concreto. La obra del Reino no se detiene, Dios siempre está a la obra. Los discípulos misioneros estamos atentos para descubrir y secundar la acción de Dios en la ciudad región y en estos tiempos difíciles que estamos viviendo. Para sintonizarnos con su acción, es necesario vivir íntimamente unidos a Jesucristo y mantener una actitud contemplativa y esperanzada en medio de las circunstancias actuales. El activismo es una acción que no brota suficientemente del encuentro con Cristo y la pasividad es la actitud de quien por falta comunión con Cristo y, consecuentemente, por falta de pasión por el Reino, se deja dominar y paralizar por la pereza, por el miedo o la desesperanza.

Antes que pensar en acciones, es necesario considerar la situación espiritual de los discípulos misioneros y ahondar en los rasgos que debemos cultivar si queremos responder adecuadamente al momento actual. Es necesario que los animadores de la evangelización nos acompañemos y cuidemos mutuamente, pues la crisis también nos afecta. Es digno de destacar, en este sentido, la solicitud de muchos fieles laicos por sus sacerdotes, evidenciada en muchos gestos concretos de cercanía y ayuda. Los laicos han sido verdaderos formadores y acompañantes de sus pastores durante esta crisis. Así mismo los laicos han valorado la presencia de los pastores en medio de sus comunidades, incluso en los momentos más álgidos de la crisis, así como su empeño y creatividad por mantenerse cerca de su feligresía.

Pasión por Cristo y su Reino

Es tiempo de renovar nuestra pasión por el Señor y por su Reino. Aprovechar el frenazo en nuestras agendas y en el transcurrir acelerado de nuestra actividad en la ciudad, para profundizar en nuestra vida interior, en la oración, en la reflexión y el discernimiento. Los tiempos que vivimos son propicios para convertirnos más profundamente a Dios, para centrar nuestras vidas en lo esencial y cultivar con mayor cuidado y detenimiento la espiritualidad y nuestra mística misionera.

Es necesario conectarnos más intensamente con el deseo central de nuestra vocación de evangelizadores: hacernos todo con todos para ganarlos para Cristo (cf. 1Cor 9,19-23).

Cultura del encuentro y la fraternidad

Al distanciamiento hay que responder con la actitud de la cercanía, hacernos prójimos de la gente, en medio del distanciamiento. Como Felipe a quien el Espíritu lo impulsó a caminar junto a la carroza del eunuco (cf. Hch 8,29). De nada sirven las plataformas y los medios tecnológicos, si no hay deseo y voluntad interior de cercanía, de salir para caminar juntos y acompañar en medio de las circunstancias actuales, pasión por el pueblo de Dios, como dice el Papa Francisco.

Es necesario superar la perplejidad, la cierta comodidad generada por el aislamiento y salir, desacomodarnos, ponernos en camino, para escuchar y sintonizarnos con los ritmos de nuestros conciudadanos. Como animadores de la evangelización debemos salir y adoptar las actitudes que propicien el encuentro. Al mismo tiempo, debemos evitar que las personas se replieguen en el intimismo. Hay que procurar que compartan su vida con otros. Que se creen lazos de comunión, en torno a Jesús Resucitado, por una buena comunicación, interactiva y profunda. La fe se madura, se sostiene, se consolida en la experiencia comunitaria. De ahí la necesidad de fomentar espacios de encuentro y fraternización, que hagan salir del entorno individual y familiar y abran el horizonte a lo comunitario y eclesial. Esto demanda ingenio e iniciativa, para saber aprovechar lo que los medios tecnológicos nos brindan.

Los animadores de la evangelización estamos llamados a fomentar la cultura del encuentro, pero también a vivirla al interior de nuestras familias y de los diferentes ámbitos eclesiales en los que vivimos. Necesitamos también ser acompañados y cultivar en medio de nuestras comunidades las virtudes que nos hagan puentes e instrumentos de reconciliación y de encuentro.

La sinodalidad: juntos para evangelizar

Lo vivido durante la crisis nos ha hecho ver según la expresión del Papa Francisco, que todos somos necesarios. No podremos superar los desafíos sanitarios, sociales y espirituales, si no estamos unidos y si no propiciamos la participación del mayor número de personas, tanto a nivel social como eclesial. Es necesario que caminemos al mismo ritmo, que favorezcamos la sinergia de dones, carismas y talentos, que estemos todos atentos, en actitud de discernimiento, a descubrir y a secundar el querer de Dios sobre nosotros, sobre nuestras comunidades y sobre el mundo. No es tiempo para los protagonismos individuales, ni para las acciones aisladas, todavía menos para la dispersión de las energías.

El *Nuevo Ritmo* en el que estamos empeñados nos urge a vivir la espiritualidad de comunión y diocesana como condición para la credibilidad y la eficacia de nuestra labor evangelizadora. Estos dos elementos son obra del Espíritu Santo y reclaman, por lo tanto, actitud de docilidad a la acción del Espíritu Santo y humildad.

También es necesario, si cabe la expresión, que guardemos una actitud sinodal respecto de los esfuerzos y las búsquedas que desde el gobierno y la sociedad civil se realicen para afrontar la pandemia y sus consecuencias. Al respecto, en el *Nuevo Ritmo* hablamos de sintonizarnos y de hacernos presentes en los diversos escenarios donde se juega la vida social, con una actitud propositiva.

Habría que evitar que por disparidad de criterios pastorales en medio de las circunstancias cambiantes se generen tensiones y conflictos entre las parroquias o los ministros ordenados.

Esperanza y fortaleza

En el contexto de aislamiento social, ya es posible percibir algunas consecuencias psicológicas como el estrés, la ansiedad y el miedo. Es posible incluso hablar de estrés postraumático. Todo esto pide de los evangelizadores una esperanza firme en la obra de Cristo Resucitado en medio de su pueblo; esperanza en la capacidad del Señor para intervenir en todo para bien de los que le aman (cf. Rom 8,28); esperanza en la capacidad del Señor para hacer que el Misterio de su Pascua, transforme las experiencias de muerte en experiencias de resurrección y de vida (cf. Fil 3,10-11).

Esperanza puesta en Dios que nos lleva a cultivar la confianza en las capacidades que Él nos ha dado para salir adelante, para vencer las dificultades, para esperar y construir un futuro mejor. Sin duda, las esperanzas puestas en las simples capacidades individuales son insuficientes. Será necesario confiar en los otros, en el personal médico y científico, en los gobernantes, que intentan mitigar los efectos de la pandemia, en tantos que buscan el bien para todos.

Esperanza en que no prevalecerán las intenciones de quienes se aprovechan de la crisis para engañar, para lucrarse, para utilizar a los demás en función de su propio beneficio. Aunque el mal nos golpee, no vencerá, porque Cristo está con nosotros. Como evangelizadores, decía San Pablo a Timoteo, «No hemos recibido un espíritu de cobardía, sino de valentía, de amor y de dominio propio.» Hemos de cultivar, entonces, la fortaleza, para afrontar las dificultades del camino en esta hora singularmente difícil de la historia, para acompañar y consolar a los que sufren.

Y, por sobre todo, una esperanza firme en que el mal y la muerte no tienen la última palabra, pues Jesucristo nos ha prometido vida eterna que comienza en este mundo, pero que llega a su plenitud después de la muerte. Esperanza en los cielos nuevos y la tierra nueva donde ya no habrá más muerte, ni dolor, ni sufrimiento.

Proactividad y creatividad

Junto a las anteriores actitudes, será necesario tomar la iniciativa, ser proactivos, no simplemente reactivos. Será necesario superar las actitudes de negación y de conformismo que llevan a pensar que nada ha pasado, que pronto todo volverá a ser como antes, de tal manera que simplemente hay que aguardar el retorno de la normalidad pretérita.

Es necesario anticipar las respuestas, adaptarse a las nuevas circunstancias ágilmente, quizá no con toda la certeza de un proceso tranquilo de planeación pastoral, pero con la sabiduría de la experiencia vivida y de los aprendizajes alcanzados. Como en todo tiempo de crisis, no todo se ve claramente y no es tan fácil tener un horizonte de largo plazo. Pero podemos tener una visión sobre lo que está pasando y adaptarnos creativamente a las circunstancias, de forma tal que no nos detengamos. El problema no estriba tanto en que nos equivoquemos, sino en que nos detengamos. Sin duda las respuestas evangelizadoras del momento pueden ser limitadas, parciales, pero se irán mejorando en el camino y nos irán abriendo, en la medida de nuestra docilidad al Espíritu, a un futuro eclesial y social impregnado de la novedad divina.

Austeridad y solidaridad

La pandemia nos ha ayudado a tomar conciencia de la crisis ecológica que vivimos y deja consecuencias económicas inmensas en las familias, en las naciones y también en la vida de la Iglesia. Urge, entonces, un mejor manejo de los bienes económicos de los cuales disponemos, así como de los recursos naturales. Hay que cultivar la virtud de la austeridad, el sentido del ahorro y el buen uso de los recursos, especialmente de los no renovables.

Todo esto redundante y tiene su sentido en la capacidad de compartir y de hacer ofrenda de la propia vida en favor de los demás. Junto con la esperanza, el Papa Francisco nos ha insistido mucho en que la solidaridad es otra virtud fundamental para responder al presente de crisis y para construir el futuro. Son muchos los huérfanos y desheredados que la Pandemia está dejando, muchos los heridos al borde del camino. Nuestra actitud como Arquidiócesis no puede ser otra que la de la Parábola del Buen Samaritano, verdadero ícono de la Iglesia que el Señor quiere y nuestra ciudad necesita, especialmente en medio de las circunstancias duras que vivimos.

Por otra parte, no podemos olvidar que el fruto de la evangelización no depende de lo aparatoso o complejo de los medios sino de la acción del Espíritu Santo y de la fuerza del testimonio personal y comunitario de los evangelizadores. La crisis ha golpeado también la economía de las parroquias y de los demás espacios eclesiales. La solidaridad que hemos vivido entre comunidades y presbíteros debe prolongarse y, para ello, ha de propiciarse la austeridad y la prudencia en el uso de los recursos de los cuales disponemos.

Del uso circunstancial de las TIC a la habitación y evangelización del ecosistema digital

La realidad del mundo digital

Sin duda este tiempo de la cuarentena ha sido la oportunidad de poner a prueba nuestra creatividad y celo por el Evangelio al adaptar varias acciones evangelizadoras a las redes sociales. Lo que al inicio del año apenas aparecía en el panorama eclesial, ahora se ha convertido en nuestro *modus operandi*. La transmisión de las eucaristías por redes, la atención de la oficina parroquial, los retiros espirituales, la catequesis pre sacramental, las actividades para captar recursos económicos y hasta un Encuentro Arquidiocesano, marcan ya la transformación de una Iglesia que despierta en todo el ecosistema digital.

Este mayor contacto con las tecnologías de la información y de la comunicación en orden a la evangelización nos ha ayudado a tomar conciencia de que lo digital configura cada vez más la realidad en la que vivimos. Es, por así decirlo, un aspecto vital de nuestro mundo humano. La distinción entre realidad y virtualidad se revela insuficiente y engañosa. Lo virtual es real y lo real

se hace cada vez más virtual. En un futuro internet desaparecerá como instrumento puntual o como actividad momentánea para hacerse omnipresente, para configurar la casi totalidad de nuestra actividad. Es necesario aprender a habitar en el ecosistema digital y, para nosotros, como creyentes, habitarlo de tal manera que sea espacio y mediación de la proyección trascendente de la vida y de nuestro servicio evangelizador.

El desafío de la evangelización en el continente digital

Ya lo señalaba el Papa Benedicto en su mensaje para la jornada XVI de las comunicaciones en 2010: “En verdad el mundo digital, ofreciendo medios que permiten una capacidad de expresión casi ilimitada, abre importantes perspectivas y actualiza la exhortación paulina: ‘¡Ay de mí si no anuncio el Evangelio!’ (1 Co 9,16). Así pues, con la difusión de esos medios, la responsabilidad del anuncio no solamente aumenta, sino que se hace más acuciante y reclama un compromiso más intenso y eficaz. A este respecto, el sacerdote se encuentra como al inicio de una ‘nueva historia’, porque en la medida en que estas nuevas tecnologías susciten relaciones cada vez más intensas, y cuanto más se amplíen las fronteras del mundo digital, tanto más se verá llamado a ocuparse pastoralmente de este campo, multiplicando su esfuerzo para poner dichos medios al servicio de la Palabra... En el contacto con el mundo digital, el presbítero debe transparentar, más que la mano de un simple usuario de los medios, su corazón de consagrado que da alma no sólo al compromiso pastoral que le es propio, sino al continuo flujo comunicativo de la ‘red’ ”.

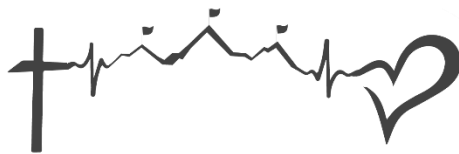
Sin embargo, sabemos que asumir este reto es como caminar sobre las aguas. Salen a flote nuestros temores e inseguridades ante un escenario que no conocíamos y ante unas herramientas que hemos visto hasta ahora con cierta indiferencia. De ahí surgen dos retos: el primero, saber animarnos como evangelizadores, laicos, consagrados y ministros ordenados, a entrar en esa nueva ágora, la nueva plaza pública y abierta, en donde las personas comparten ideas, informaciones, opiniones, y donde nacen nuevas relaciones y formas de comunidad. Y el segundo, saber formarnos en todo este nuevo lenguaje, entendiendo el valor de los medios digitales y, así, no subestimar su alcance e impacto en lo que como Iglesia podemos comunicar. Por tanto, sin desconocer la falta de acceso de muchos a la internet, si la Buena Nueva no se da a conocer en este ecosistema digital podría quedar fuera del ámbito de la experiencia de muchas personas (cf. S.S. Benedicto XVI, Mensaje para las comunicaciones sociales 2013: Redes sociales: portales de verdad y de fe. Nuevos espacios de evangelización).

Del uso de las redes sociales en tiempos de pandemia a la evangelización del continente digital

Las redes sociales nos han servido para adaptarnos en este tiempo de cuarentena, pero, sin duda, llegaron para quedarse. No es difícil reconocer que una mediación clave para seguir adelante

nuestra tarea evangelizadora y para ser una Iglesia en salida, son las redes sociales y las plataformas que posibilitan los encuentros simultáneos, como zoom, Google meets, Microsoft teams, etc. Palabras, mensajes, imágenes, sonido, videos, música, fotografías, diseños, redes, etc. se han convertido en canales del mensaje evangélico. Pero, como se ha señalado, sabemos que más que herramientas, son un espacio, un ambiente, un ecosistema que hace parte de la existencia cotidiana de la gente y que reclama nuestra presencia y misión evangelizadora. De ahí la necesidad de dejar de lado los temores y las prevenciones, aprender a reconocer todas sus posibilidades, asumir los criterios de discernimiento que aseguran un uso evangélico de las mismas, reconocer las nuevas pedagogías que nos exigen desarrollar, y ponerlas al servicio de la misión evangelizadora, teniendo presente las palabras de Jesús: *duc in altum*, rema mar adentro. No basta emplear las nuevas tecnologías, es indispensable aprender el lenguaje que se habla en ellas. No basta transmitir digitalmente las actividades, tal y como las realizábamos en la presencialidad, es necesario traducirlas de verdad a este nuevo lenguaje.

CRITERIOS Y LÍNEAS DE ACCIÓN PARA LOS EJES FUNDAMENTALES DE LA EVANGELIZACIÓN



Para el eje del anuncio del Evangelio, la formación en la fe y el diálogo con la cultura

Primer anuncio

- Las acciones solidarias, particularmente en este contexto de pandemia, son anuncio en acto de la realidad del amor de Dios. Las acciones específicamente misioneras no son sólo de carácter verbal: nuestra vida personal y comunitaria y, de manera particular, nuestro compromiso con la causa de los más débiles y vulnerables, logran mejor que nuestras palabras y discursos, que las personas vayan desmontando sus prejuicios contra lo religioso y contra la Iglesia y comiencen a descubrir o a redescubrir la realidad del amor de Dios.
- La pastoral de la salud y la pastoral funeraria revisten un valor decisivo en medio de la pandemia y son ocasión de anunciar a Jesucristo con un testimonio de cercanía misericordiosa y mediante una palabra que desde el Evangelio de sentido a los dramas humanos. Convendría, por ello, elaborar y difundir subsidios para que las familias y grupos

de amigos puedan virtualmente hacer el novenario por sus difuntos y repensar o fundar, donde no la haya, una auténtica pastoral funeraria.

- El mes misionero, privilegiando los canales virtuales, será una ocasión especial para dirigirse a los que no conocen a Cristo o han perdido el sentido vivo de la fe. El Papa Francisco ha expresado ya su voluntad de que la experiencia del mes misionero vivida en el 2019, haga parte de ahora en adelante del calendario de la Iglesia universal. Será todo un desafío pensarlo y vivirlo en el contexto de la pandemia y de transición hacia las nuevas condiciones de la vida social.
- El arte religioso en sus diversas expresiones y puesto al alcance de muchos a través de las redes, puede ser también un potente instrumento del primer anuncio.
- Los retiros kerigmáticos, tanto para los animadores de la evangelización, como para personas en situación de indiferencia o de tibieza en la vivencia de su fe se pueden proseguir, mediante una versión digital de los mismos.

Iniciación cristiana

- Se reafirma la importancia de la iniciación cristiana y de proseguirla, independientemente del tema de las fechas de celebración de los sacramentos correspondientes. Por lo tanto, es necesario continuar los procesos de iniciación cristiana de modo digital o valiéndose de recursos más modestos como cartillas u hojas impresas. Más adelante, de acuerdo con la evolución de la pandemia en nuestra ciudad, convendrá pensar en fórmulas de alternancia que combinen lo digital con lo presencial.
- Las circunstancias actuales son una ocasión muy propicia para destacar y fortalecer el papel de los padres como primeros catequistas de los hijos. Se recomienda, entonces, favorecer la catequesis familiar en la que el encuentro del catequista parroquial se da con los padres de familia, para que sean estos quienes propicien en favor de sus hijos las experiencias creyentes y les comuniquen los contenidos de la fe.
- En fidelidad al criterio de la comunidad cristiana como sujeto básico de la iniciación cristiana, no se apresuren las fechas de las celebraciones sacramentales y se aguarde lo necesario para tener un mínimo de encuentros presenciales, antes de las celebraciones sacramentales. Para favorecer esto no habría inconveniente en modificar los calendarios inicialmente previstos para la celebración de las primeras comuniones y de las confirmaciones.

- La preparación para el bautismo de los niños se puede hacer digitalmente con los padres y padrinos o mediante encuentros con la familia, habida cuenta de todas las medidas de bioseguridad. En estos casos habría que insistir en que el núcleo familiar, como pequeña Iglesia doméstica, representa a toda la comunidad cristiana.
- El acompañamiento de carácter más personal, tan recomendado por la pedagogía catequística, se puede mantener. Cuando se trate de niños, niñas, adolescentes o jóvenes menores de 18 años, debe hacerse siempre en presencia de uno de los padres de familia o de un adulto responsable.
- La iniciación cristiana de adultos bautizados puede proseguirse, bajo modalidad digital y aprovechando los materiales que la Coordinación de Iniciación Cristiana está reeditando en versiones corregidas, a partir de la experiencia inicial con los primeros itinerarios.
- La renovación de la iniciación cristiana depende en buena medida, de la formación de acompañantes para estos procesos con adultos, jóvenes y niños. La formación de los mismos debe mantenerse acudiendo a los medios digitales.

Formación permanente de la fe

- La transmisión digital de la Eucaristía se puede mantener, mientras se reabren los templos y se levantan las restricciones relativas al aforo permitido en los mismos. Vale la pena subrayar que no se trata de misas virtuales. Al respecto se recomienda observar los siguientes criterios: evitar la creación de parroquias o capellanías personales virtuales, paralelas a las parroquias y a las capellanías provistas por el Arzobispo; evitar en la práctica de la transmisión de la Eucaristía todo lo que pueda dar la idea de un comercio con los sacramentos, como la multiplicación indebida de eucaristías para ser transmitidas; cuidar la calidad de los diversos elementos litúrgicos y comunicativos, particularmente de la homilía; ir creando conciencia del carácter transitorio de esta modalidad de vinculación con las celebraciones eucarísticas.
- La administración del sacramento de la penitencia se recomienda, guardando la debida distancia, con cita previa y con las medidas correspondientes de bioseguridad.
- Con las debidas medidas de bioseguridad, los servicios de escucha, consejería pastoral y dirección espiritual se pueden prestar bajo cita previa y con el concurso de servidores debidamente capacitados.

- La escuela arquidiocesana de animadores de evangelización en su programa básico y en sus programas de especialización prosigue de modo digital o puede progresivamente transitar hacia la presencialidad, con base en los textos editados por la ESAE.

Para el eje de la comunión y la participación

- Ante el aumento de la violencia intrafamiliar y el maltrato infantil en estos tiempos de confinamiento social, vemos necesario afianzar los equipos vicariales de evangelización de la familia para que sean multiplicadores de iniciativas que acompañen las distintas etapas de la familia brindando la atención a sus necesidades específicas.
- El momento actual es una oportunidad para fortalecer los vínculos al interior del hogar, para que los miembros de la familia se conozcan más y se enriquezcan mutuamente. Sería recomendable que las familias fomenten iniciativas espirituales y generen espacios que propicien la meditación y la oración en familia alrededor de la Palabra del Señor. Un fruto muy valioso de los sucesivos aislamientos fue el redescubrimiento, en muchos casos, de la familia como pequeña iglesia doméstica. Es necesario aprovechar este impulso.
- Por medio de los EPEM (Equipo Parroquial de Evangelización Misionera) y los COPAE (Consejo Parroquial de Asuntos Económicos) los señores párrocos están invitados a implementar nuevas iniciativas evangelizadoras que respondan a los retos de la virtualidad y motiven a las comunidades parroquiales a participar de las diversas actividades que se realicen para avivar la renovación parroquial y la espiritualidad de comunión que estamos animando en la etapa del *Nuevo Ritmo*.
- La caridad pastoral de los pastores no se ha detenido en estos tiempos de pandemia. Valorar todos sus esfuerzos y preocupaciones por el santo pueblo fiel de Dios es algo que debe ser prioritario. Es perentorio, además, volver a recordar que la formación permanente es sobre todo responsabilidad de cada uno y se expresa por medio de la solidaridad a los otros hermanos sacerdotes, en la oración personal y la lectura asidua, en la actualización permanente en estrategias y recursos pastorales, en la participación de las comunidades de vida sacerdotal y en las iniciativas arciprestales y vicariales.
- El testimonio evangélico de nuestros hermanos y hermanas de institutos de vida consagrada ha sido un signo silencioso y elocuente de su radicalidad en la edificación del reino de Dios en este tiempo de pandemia. No han sido pocas las comunidades que se han volcado a la ayuda de los descartados de la sociedad, los migrantes venezolanos y las familias desprotegidas. Sin embargo, en este tiempo se han percibido las fragilidades de los medios

y recursos de algunas de ellas sobre todo las que se dedican a la educación y a las iniciativas sociales. Nuestros tres monasterios de clausura no les ha faltado manos providentes que las asistan; las religiosas de clausura desempeñan una gran labor de intercesión por toda la acción evangelizadora de nuestra iglesia particular. Los arciprestes de vida consagrada han estado muy atentos a animar a cada una de las comunidades de vida consagrada. Es necesario proseguir este acompañamiento cercano y solícito de la vida religiosa.

- De igual manera, los movimientos laicales han mantenido sus encuentros comunitarios, formativos y apostolados por los medios digitales. El consejo de laicos de la Arquidiócesis de Bogotá (CLAB) ha seguido con el apoyo a cada una de las acciones evangelizadoras de los laicos asociados y de los agentes de evangelización. Agradecemos la generosa respuesta que hemos recibido de tantos fieles laicos que se han unido a la campaña de “Camino, Verdad y Vida” para colaborar con sus ofrendas a las parroquias más necesitadas.
- Nuestros jóvenes seminaristas se siguen formando, tanto en la modalidad virtual como presencial, en el *Seminario Conciliar de San José* y en el *Redemptoris Mater*. Aplaudimos todas las iniciativas que ha tenido el equipo de formadores del Seminario Conciliar para adaptarse, de manera creativa y generosa, a las circunstancias presentes. La pastoral vocacional se ha dinamizado en estos meses aportándonos recursos y medios virtuales para invitarnos a orar por las vocaciones y animar a jóvenes que sienten el deseo de responder al llamado del Señor a ser sus ministros consagrados.
- Los diáconos permanentes han seguido, con responsabilidad e interés, la formación continua en miras a consolidar el compromiso de su vocación matrimonial y su configuración con Cristo Siervo, por medio de su ejercicio ministerial, lo cual, ha permitido que durante este tiempo sigan siendo auténticos evangelizadores misioneros en el ambiente familiar y en los contextos donde desarrollan su vida laboral y pastoral, especialmente haciendo una presencia caritativa con los más necesitados y olvidados de la sociedad.
- La experiencia del empleo de las TIC durante la pandemia nos ha permitido valorar el ecosistema digital y, al mismo tiempo, tomar conciencia de nuestras limitaciones en este campo. Urge formarnos como evangelizadores en la forma de habitar este mundo y de aprovecharlo para nuestra tarea evangelizadora. Así mismo, es necesario seguir fortaleciendo la red de comunicadores de la Arquidiócesis, con representantes de todas las parroquias, las vicarías episcopales y los demás espacios eclesiales, bajo la coordinación de la Oficina Arquidiocesana de Comunicaciones.

Para la dimensión social de la evangelización

- Es necesario reconocer que en estos tiempos de pandemia se ha manifestado con mayor fuerza la situación de crisis humanitaria y social que ya vive nuestra sociedad desde hace varios años; por la cual, muchas personas no tienen acceso a un trabajo digno y estable que les garantice su sostenibilidad y la de su familia; el acceso a los bienes y servicios de la sociedad es deficiente o nulo: sea el acceso a una alimentación balanceada, a los servicios de salud, a la educación, a una vivienda propia, o una vida en paz. Los pobres se encuentran hoy en una mayor situación de vulnerabilidad y se ven obligados al comercio informal, que ya supera el 50% de la actividad económica de la población bogotana y a la mendicidad.
- Es por eso que, como comunidades creyentes, estamos llamados a ser solidarios, hoy más que nunca, con los más frágiles de la sociedad, y desde nuestra pobreza y fragilidad, ser generosos con aquellos que solicitan ayuda. La fe en el Señor Jesús nos mueve a ayudar no sólo a aquellos que llegan a la puerta a pedir, sino también, nos ensancha el corazón y nos lleva a ser solidarios con aquellos que pasan necesidad más allá de nuestro territorio y que requieren de nuestra ayuda. Una ayuda que pide organización, trabajo en equipo e iniciativa para hacerla llegar oportuna y generosamente. Una ayuda humanitaria, que debemos hacer, con la perspectiva puesta en realizar una verdadera promoción humana integral, de tal manera que no fomentemos simplemente un asistencialismo estéril.
- La agudización de la pobreza, la polarización política y el inicio prematuro de la campaña por la presidencia, pueden desgarrar más el tejido social y convertirse en un escenario proclive a los populismos de derecha o de izquierda, así como a la exacerbación de los conflictos sociales. En este complejo contexto, será necesario propiciar el diálogo social y avivar la conciencia de la fraternidad universal que brota de la fe en Dios como único Padre de todos. Así mismo será necesario destacar y promover las consecuencias sociales de la fe en el compromiso por la justicia y por la edificación de un orden social más justo, humano y que cuide de la creación.
- Como aprendizaje de este tiempo, vemos la importancia de organizar mejor nuestras bases de datos sobre las personas a quienes se ayuda en las parroquias y demás comunidades eclesiales, puesto que esta sistematización de la información es una herramienta que permite el seguimiento de los casos, el acompañamiento hacia un proceso de promoción humana integral, la identificación de necesidades comunes.
- Conocer, promover, acompañar iniciativas de economía solidaria, de emprendimiento social, es una tarea necesaria en los próximos meses y años, en los cuales veremos una

recesión económica, como efecto de la pandemia. Muchos se han quedado sin empleo, muchas pequeñas y medianas industrias han tenido que cerrar. Esto implica que desde las comunidades parroquiales convoquemos a los laicos que conocen de estos temas, que los animemos a colaborar en estos proyectos, y que los párrocos y capellanes, los apoyemos y acompañemos en el camino. Unas parroquias tendrán que liderar estos procesos directamente, pero necesitarán del apoyo económico de las otras parroquias que contribuirán con recursos.

- Es necesario mantener el acompañamiento a las personas enfermas de las parroquias y capellanías, perseverando en primer lugar en una buena comunicación telefónica con ellas y sus familias, para escucharlas, orar con ellas, expresarles nuestra cercanía. En segundo lugar, con la debida salvaguarda de las medidas de bioseguridad y con la aprobación o solicitud de las familias, podrá llevarse la comunión eucarística, o atenderlas en confesión. Y, en tercer lugar, es bueno mantener un espacio en las celebraciones eucarísticas de la semana o en la hora santa del jueves, en el que se pueda orar, como comunidad parroquial, por todos los enfermos y sus familias.

De igual manera, los equipos de voluntarios en las clínicas y hospitales, de acuerdo con el capellán y las normas de la institución, deben encontrar formas para expresar la cercanía a los pacientes y a sus familias, en la escucha, el diálogo y la oración.

- Las condiciones de vida de la cuarentena y la crisis económica y social han obligado a muchas familias a un gasto económico más austero y medido. Esto nos ha acercado a ese estilo de vida que el Papa Francisco nos invita a asumir en el camino de una conversión ecológica y nuestros compromisos con el cuidado de la casa común (cf. *Laudato Si* 216 – 240). Proceso de aprendizaje que es necesario continuar y afianzar con la promoción de nuestra responsabilidad como bautizados en el cuidado del agua, del uso de las energías y en el manejo de los residuos sólidos con criterios de reducción del consumo, reutilización, reciclaje, reparación, reemplazo de lo que no está en armonía con el cuidado de la casa común.
- No hay que olvidar el drama de los dieciocho mil internos en las cárceles de nuestra ciudad y municipios, en situaciones de hacinamiento, enfrentando la pandemia en esas condiciones insuficientes de salubridad. Como comunidades cristianas estamos llamados a orar por todos estos internos, por el personal de custodia, por los que están en detención domiciliaria, así como por el Equipo Arquidiocesano de Animadores de la Evangelización en el Mundo Penitenciario.

- De igual manera, no podemos olvidar el drama de los desplazados por el recrudecimiento de la violencia en nuestro país y de los migrantes venezolanos que han llegado a la ciudad región. Obligados a dejar sus tierras, sus bienes, su estabilidad, y forzados, para salvaguardar sus vidas y la de sus familias, a ponerse en camino, sin ninguna certeza. Los hemos visto pedir durante este tiempo de la cuarentena, y se verán seguramente obligados a seguirlo haciendo. Por eso, movidos por la misericordia del Señor, es necesario generar acciones que les ayuden a mitigar su sufrimiento, a animarlos a mantener la esperanza y a reconstruir sus vidas. Con seguridad la caridad de Cristo en el corazón, nos ayudará a encontrar nuevos caminos para acogerlos, protegerlos, promoverlos e integrarlos, mientras puedan encontrar mejores condiciones de vida y una mayor estabilidad.
- También este tiempo de cuarentena nos ha hecho ver el drama de las personas que viven solas, sobre todo adultos mayores, que se sostienen a sí mismos con su trabajo informal en calle y que, ante situaciones de enfermedad o debilidad, no tienen a nadie que cuide de ellos, ni los apoye en sus necesidades básicas, ni tienen los recursos para sobrevivir mucho tiempo. Es necesario identificar en nuestros territorios estos casos, para poder estar atentos y animar a personas que puedan prestarles su ayuda, así como promover actividades que los auxilien para su sostenimiento.

Conclusión

Nos ha correspondido vivir una de las etapas más complejas y desafiantes de la historia de la humanidad. Como lo decía el Papa Francisco en su inolvidable homilía, ante la plaza de San Pedro totalmente vacía, esta crisis nos ha permitido tomar conciencia de que todos estamos en la misma barca, de que todos somos frágiles, necesarios y, al mismo tiempo, necesitados de la ayuda de los demás. Para nuestra fe cristiana, este es un hecho de capital importancia, pues creemos en que la humanidad encuentra su pleno sentido sólo en Cristo y creemos también que la humanidad es una, no sólo por su creación a imagen y semejanza de Dios, sino también por su común vocación en Cristo a la plena participación de la vida divina. Si ello es así, entonces, esta crisis es una oportunidad para proponer con nuestras palabras y obras el Evangelio como respuesta desbordante a los anhelos, aspiraciones y dramas humanos: al anhelo de trascendencia y de vida plena y perdurable por el encuentro con el Dios humanado; a la sed de comunión que nos habita por el misterio de una comunión íntima y universal que sólo el Espíritu puede hacer posible; a la realidad de nuestra contingencia y finitud y al drama del pecado por la revelación de la misericordia infinita de Dios en Cristo; al drama de la injusticia y de las estructuras de pecado por el fermento del Reino que Jesús ha instaurado.

No podemos, entonces, dejarnos paralizar por el miedo o la incertidumbre. Cristo nos espera siempre adelante. No podemos buscarlo, como fue advertido en la mañana de pascua, en el mundo de la muerte y del pasado. Encontremos en el amor de Jesús y en el impulso siempre sorprendente y creativo del Espíritu las fuerzas y las luces para seguir evangelizando al ritmo que Dios nos está marcando.

Septiembre 3 de 2020
Arquidiócesis de Bogotá